

---

## ¿QUÉ CLASE DE ANIMAL ERES TÚ?

— Como decía Milord, los animales, ¡Ah los animales! Quisiera yo ser como mi gato o como mi perrita, ¡Cuánto duermen! ¡Cuánto descansan! Mientras abro la puerta para ir a mis labores, ellos desde su aposento abollonado me miran, con un ojo abierto y el otro oculto, con el peso de su cabeza sobre el cojín de plumas, sólo se levantan a comer, a hacer pipí y luego otra siesta.

En una de mis frecuentes caminatas, mientras disfrutaba de un día escaso de sol pero sin lluvia, por falta de cuidado, tropecé, con un cartón y por poco me voy al piso. Un hombre mal oliente extendió su mano, me agarró, evitando que pudiera caer; luego me dijo: — Disculpe Milord, yo tuve la culpa, ese cartón se deslizó de mi carretilla, espero que no le haya pasado nada. — No se preocupe. Le expresé. — Sólo mi mano quedó un poco afectada. Sin decirle exactamente que era por el olor a chatarra y a cartones viejos de su basura.



En tanto que pasaba aquel susto, observé dos perros recostados en el piso y mientras este hombre acomodaba los cartones y botellas, algo me llamó la atención: dos perros, así como mi perra y mi gato, recostaban sus cabezas en el

pavimento y me observaban con un sólo ojo y el otro puesto no en una almohada, sino en el piso sucio y polvoriento, me dije, a éstos no les pasa nada.

Me acerqué a aquel hombre mal encarado y le hablé diciéndole: — Quiero pedirle disculpas, estuve analizando lo de mi caída y en verdad yo fui quien tuvo la culpa.

El me respondió: — No se preocupe Milord, siquiera no le pasó nada, porque no habría con que pagarle si le hubiera pasado algo. Yo le manifesté: — Usted tiene dos perros muy bonitos y bien alentados. Me contestó: — Ahí los tiene a la orden, patrón. Sonriendo y dejando ver, sólo tres dientes y bien manchados por cierto.

Le dije: — No me diga, ¿Usted los vende?

Me dijo: — No patrón, ahí los tiene a la orden para que les traiga comidita cada vez que quiera. Y nuevamente, dejó ver sus tres dientes, sonriendo sarcásticamente.

— Perdone mi señor, Yo no vendo lo que más quiero, dijo el recolector de basuras.

Le manifesté: — ¿Lo que más quiere? ¿Lo que usted más quiere son éstos perros? Le volví a expresar: — ¿O hay una mujer, o tal vez algún hijo, o quizás un pariente como su madre?

— No Milord, después de que comencé éste trabajo, nadie de mi familia me quiso volver a saludar, entonces aprendí, que a uno lo quieren, sólo por ciertas causas: a unos por fama, a

otros por dinero y a otros por bonitos y yo no tengo ninguna cosa de éstas, para que me quieran.

Y con un canto burlón, en tono de son cubano, siguió diciendo:  
— Yo no tengo padre, yo no tengo madre, yo no tengo a nadie que me quiera a mí. Y no faltaba su sonrisa.

— Los únicos que me quieren, son éstos dos sarnositos y si no me cree, intente golpearme para que vea lo que son capaces de hacer éstos animalitos por mí. Le dije: — No lo intentaré, le creo, sé que me matarían por usted.

— Y ¿Qué comen sus perros, para que estén tan robustos y tan finos? Me imagino que cuido para perros.

— Milord, el único cuido que le doy a los perros, es el cuido de que no me los mate un carro, o no me los cojan a pata como muchos quisieran. Y otra vez dejó ver su sonrisa.

— ¡Ah! pero Milord, mis perros son estrato seis.

— ¿Estrato seis? ¿Qué quiere decir con eso, no me diga que usted vive en una unidad cerrada y se quiere dar el lujo de recoger las basuras por deporte? Yo también le sonreí. Ya me estaba contagiando del humor y la sonrisa de éste buen hombre descomplicado.

Me dijo: — No, Milord, sino que todos los ricos de estas unidades, como no pueden tener animales en los

apartamentos, les da pesar de mis perros y les traen muy buena comida todos los días y por derecho yo me les pego, o sea, que el que sale comiendo chute aquí, soy yo; porque ellos comen de primero. Aprendí de ellos que mientras estamos recogiendo las basuras, debemos estar tranquilos, porque ya viene la comida; hasta compartimos con algunos gamines, cuando vamos a llevar la chatarrita. Dios da pa'todos Milord.

Milord le preguntó: ¿Y cómo se llaman sus perros? Me contestó: — Por ejemplo escoja uno de ellos. Le dije: — Aquel negrito.

Me contestó: — Cual.

Y como para que me entendiera bien, le cambié la pregunta.  
—El cafecito. ¿Cómo llama? Y me contestó: — Paqué.

— ¡Ah! ¿No le puedo preguntar el nombre de sus perros? Este hombre no podía con su risa, diciéndome: “Cual y Paqué”. Apenas se calmó de su risa me respondió. — Disculpe otra vez Milord, es que así se llaman mis perros. El negro se llama Cual y el café se llama Paqué.

— ¿Y por qué les puso esos nombres tan raros?

— Milord, hay cosas que uno puede hacer, sin que se lo prohíban; la vida de nosotros tiene muchas prohibiciones: que no se demore, que cuidado con esto y con aquello. Entonces

dije: algún día haré algo que me dé la gana hacer y comencé con el nombre de los perros.

Dije: — Vaya, vaya; que personaje es usted.

Él, amarraba con unas cuerdas empatadas la carga de la carretilla, me dijo: — He aprendido mucho de mis perros y la diferencia con nosotros los humanos, es poca, o ¿Cuál sería la diferencia entre mis perros y sus hijos?

— ¿Qué está queriendo decir? ¿Qué mis hijos son unos perros?

— No señor Milord, tal vez quise decir, que mis perros son como sus hijos; o ¿Usted encuentra alguna diferencia?

— Tal vez que mis hijos van a la escuela.

— Eso no es una diferencia Milord, yo soy el profesor de ellos y sino mire, llamé a Cual y vino inmediatamente; le tiré una pelota, fue corriendo y la trajo en su boca, eso se lo enseñé yo. ¿Su hijo fue así de obediente con usted?

Me pasó por la mente todo lo que mis hijos me hicieron en cuanto a la obediencia y le respondí: — Creo que su perro es más rápido y obediente.

— Además les enseñé a cruzar la calle, a no comer lo que otro les de para que no los envenenen. ¿Será que así lo hacen sus hijos? ¿Se cuidan también cuando están tomando en las tabernas para que no les den escopolamina?

— No amigo, creo que lo hacen mejor sus perros.

Milord buscando una diferencia para no ver sus hijos como perros, le manifestó: — Mis hijos van y compran lo que quieren y sus perros no.

— Lo que me quiere decir. ¿Es que sus hijos son ricos y mis perros pobres?

Milord, un poco turbado por la comparación, le contestó: — Sí, sus perros no pueden comprar como lo hacen mis hijos. Y para ver la reacción de aquel hombre de las basuras, le permitió una explicación sobre el tema.

— Milord, Milord, hace poco me encontré un librito despedazado en una basura, según se veía era la Biblia y alcancé a leer un texto donde decía: “No seas como el mulo sin entendimiento”.

Este hombre rico muy turbado por aquella respuesta, le dijo: —¿O sea que usted cree, que yo soy una mula y que no tengo entendimiento?

— Ay mi señor, esto se está poniendo caliente. No lo tome usted así, es que tengo tantas palabras guardadas, que hasta se me salen sin querer, sin embargo, le diré lo que pienso, lo que creo y lo que veo: Uno es lo que hace con su comportamiento, uno describe, o deja ver el animal que lleva dentro de sí.

Digamos que pudiéramos escoger un hombre como perfil y ponerlo de ejemplo para este tema; ¿Quién más exacto pudiera ser que Jesús?

— Un momento, un momento por favor, no me vaya a decir que Jesús es un animal, porque hasta aquí llega nuestra conversación, dijo Milord.

— ¿Ha oído hablar de Jesús, Milord?

— Claro que sí, quien no, además creo en Él.

— Me acaba de decir que no lo compare con un animal, en el librito que me encontré, decía de Él: “Como cordero fue llevado al matadero y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció y no abrió su boca”. También se dice que es el león de la tribu de Judá y que como águila, mira desde los cielos.

Juan, un profeta que lo llamaban el Bautista, cuando lo presentó, no dijo he ahí el hijo de Dios, sino. “Éste es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo”. Y ¿Por qué Cordero? Siguió diciendo el de la carreta: — Porque murió

inmolado derramando su sangre por todos los hombres, éste sólo hombre tiene muchos títulos de animales, aunque se exceptúa de muchos otros, por ejemplo: Él no es un chivo, ¿Cuándo lo vimos corneando o dando patadas a los demás y con malos olores?

— Perdone Milord, ya nos metimos en la Biblia y ese no es el tema.

Me quedé perplejo al ver aquel hombre de la calle, con respuestas tan sabias y le referí: — ¿Cómo hace para tener una respuesta para todo lo que hablamos? —Tranquilo Milord, porque creo que apenas comienza nuestra conversación. ¿Le puedo contar una anécdota?

— Claro que sí, ya no me aburro escuchándolo, y ahora ¿Con qué me saldrá?

— En otro de los libritos que me encontré, decía: “Un alacrán quería pasar el ancho río, con semejante corriente y mirando a un costado, vio a una tortuga, que quería hacer lo mismo y le manifestó: — Amiga tortuga, usted me podría ayudar a pasar el río y dígame ¿Cuánto le pago por el favor?

La tortuga muy amable le respondió: — Déjese de precios, súbase en mi lomo y yo lo paso, tranquilo.

Así lo hizo y lo pasó al otro lado de la orilla; ya cuando estaba seguro, el alacrán metió su punzón con veneno en la cabeza

de la tortuga, aquella amable tortuga le dijo: — ¿Por qué me has hecho esto perverso animal?

Él le contestó: — “Esa es mi naturaleza y siguió su camino”.

Le dice el chatarrero: — ¿Esto no le trae algún recuerdo de algo en la vida? ¿Ha tenido alguna experiencia similar con un ser humano?

— Sí. Le dije a aquel hombre. Por mi rostro se rodó una lágrima, recordando a mi mejor amigo. En una ocasión me secuestraron y pasé varios días encerrado, mientras mi esposa podía retirar el dinero del rescate. Mi mejor amigo, era el que la aconsejaba y le decía que la plata no vale nada en comparación con la vida, para que pagara bien y rápido el rescate. La policía me rescató antes del pago acordado y al primero que implicaron fue a mi amigo. Él todo lo tuvo conmigo, pasamos excelentes momentos hasta que esto sucedió. Nunca me imaginé que mi mejor amigo pudiera hacerme esto; acabo de verlo como ese alacrán que usted describió en su cuento.

— Perdón Milord, no quise hacerlo llorar, pero lo siento por ese alacrán que tenía de amigo. Ya ve usted, que el mal llamado hombre, también actúa así. ¿A cuántos hombres uno les brinda un dedo y se llevan toda la mano? Como el amo le da de comer a su perro, si no lo enseña a él, por el afán de comer, le muerde la mano al amo, así es el hombre.

Le contaré otra Milord: Una mujer, cansada del mal trato de su esposo, aplicó algo que no era muy común en el barrio: en una

oportunidad de tranquilidad en su casa, viendo la televisión con su amado, le preguntó: — ¿Puedo saber una cosa de ti?

— Dime mujer. Le contestó su esposo.

— Si te encontraras a un león frente a frente y no tuvieras forma de escapar, además tuvieras un arma en tu mano ¿Qué decisión tomarías?

Aquel hombre le respondió: — Yo, le disparo ahí mismo y trato de salvar mi vida.

La mujer le preguntó una vez más:

— Y si te encontraras una serpiente y te vieras acorralado y sólo hubiera una chamiza de árbol, ¿Qué harías?

Su esposo le contestó: — Le doy en la cabeza hasta que me canse.

— La última pregunta mi señor y no te enojés: Y si un perro furioso, quisiera morderte o despedazarte, ¿Qué harías?

Él le contestó: — Le tiro con lo que encuentre.

— No es más mi querido, esposo dijo ella.

**Al ser afiliado, lo terminará de leer y los podrá tener todos sin poner un solo peso.**